

**«MIRÁNDONOS EN LAS PAJARITAS COMO EN ESPEJO»: RESEÑA DE
LA PELÍCULA *MIENTRAS DURE LA GUERRA* (2019)**

MÍRIAM GÓMEZ VEGAS

mirigo05@ucm.es

UNIVERSITAT DE BARCELONA

Estrenada en España el pasado 27 de septiembre, la última película de Alejandro Amenábar surge de su indagación en la historia de la guerra civil española a raíz del descubrimiento de que este conflicto determinó en buena medida las circunstancias de su propio nacimiento. No tardó mucho en llegar hasta la crónica del altercado en la Universidad de Salamanca, el incansablemente invocado y recreado «Venceréis, pero no convenceréis» atribuido al entonces rector, Miguel de Unamuno, a partir de aquel 12 de octubre de 1936. La mitificación de este episodio ha querido ser rebajada numerosas veces, desde aquel artículo de José María Pemán en el *ABC* del año 1964 hasta las recientes investigaciones de Severiano Delgado Cruz, bibliotecario de la Universidad de Salamanca, sin que ninguno de estos intentos haya menoscabado sustancialmente la circulación popular de un relato con no poca dosis de leyenda.

En esta ocasión, Amenábar se propone representar la atmósfera de la Guerra Civil desde los inicios del golpe de Estado y su desarrollo hasta la tensa intervención de Miguel de Unamuno en el Paraninfo. Lo cierto es que lo hace queriendo cumplir con las dos necesarias dimensiones, cada vez más difícilmente separables, mirando de frente al rigor histórico sin dejar de hacer necesarias concesiones a todo lo que no cabe dentro de él. Gracias a ese rigor, aunque desemboque en alguna decisión inquietante, como la puntual mezcla de imágenes de

la película con una secuencia real, o la casi caricaturización de ciertos momentos y personajes, esta obra cinematográfica tiene importantes aciertos, como el abordaje de la evolución estratégica del bando sublevado, cuyo liderazgo, solo después de meses de cautelosa espera, recaería sobre Franco, quien decidiría prolongar la duración de la guerra para, además de ganar el país, arrasarlo. Gracias a las concesiones a ese rigor, en esta película caben la redención y el heroísmo en un protagonista tozudo que comete errores que decepcionan a sus allegados, a sus admiradores e incluso a sí mismo. Se traza progresivamente un retrato suficiente y entrañable del escritor bilbaíno, pese a no lograrse una psicología del todo convincente del personaje, que nada entre lo cascarrabias y el sentimentalismo sin llegar a veces a ninguna parte. *Mientras dure la guerra* es una película que, a pesar de sus limitaciones, funciona.

Seguramente en buena medida con fines promocionales, Alejandro Amenábar y su equipo fueron insistiendo a lo largo de sucesivas entrevistas en dar a esta película la entidad de fábula sobre la historia española reciente, dando a entender siempre que podían que nuestra convulsa actualidad la debemos a que los españoles siguen divididos en dos bandos, como en 1936. Busca ser, entonces, un relato de memoria histórica, plenamente contemporáneo y, de algún modo, moralizante. La España que presenta esta película, observada a la luz de esta declarada intención, parece una sociedad íntimamente fracturada, pero la falta de hondura analítica y de herramientas que nos ofrece este discurso —el promocional sumado al de la película misma— acaba caracterizando ese mal casi como ancestral, cerril e irresoluble. Amenábar se vale de la figura de Miguel de Unamuno para construir un personaje de autoridad, finalmente ecuánime y profundamente español. A partir de él, propone y ensalza una suerte de camino intermedio conciliador que, a ser posible, no ofenda ni al espectador ni al oyente de la entrevista, lo cual consigue al proyectar —también de la mano de sus entrevistadores— el fantasma de la Guerra Civil sobre nuestra actualidad como un riesgo que urge descartar. «Es el miedo al dolor y no el dolor quien suele / hacernos pánicos y crueles», escribía Luis Rosales.

Precisamente en pos de esa lectura como fábula, como espejo antiguo pero vivo en el que mirarse, los primeros segundos de la película nos muestran una bandera que ondea al viento, en la que distinguimos tres franjas horizontales, pero que al aparecer en blanco y negro nos suspenden momentáneamente en la incerteza. No sabemos si esta película sobre la guerra civil española comienza en la actualidad, en tiempos de la dictadura franquista o en época republicana. Finalmente, el color tiñe la escena y resulta que aún es morada la franja inferior. De la mano de un Unamuno interpretado por Karra Elejalde, Amenábar nos conducirá linealmente desde los primeros síntomas de la sublevación militar hasta la ceremonia

del «Día de la Raza» en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca. El contexto histórico y el argumento —incluso puede que la intención de la obra, como hemos visto— imprimen un cierto juego de extremos en los personajes que trasciende lo ideológico y que vertebra todo el relato. Los dos bandos de la Guerra Civil no solo evocan una fácil identificación con la realidad contemporánea española en la mente del espectador, sino que, replicado en distintos niveles, este binarismo es capaz de crear un juego de espejos, de senderos que se bifurcan para volver a cruzarse más adelante. Las fuerzas se van compensando y desplazando, proponiendo un escenario sostenido en un equilibrio dinámico. Así lo observamos, por ejemplo, con los personajes de Atilano Coco y de Salvador Vila, perfectos contrapesos del protagonista, colocado en medio de ellos. Uno, pastor protestante y el otro, profesor universitario y apasionado republicano, confluyen en una especie de punto intermedio que se encuentra en la democracia, el republicanismo y, en definitiva, en la amistad que los reúne, a pesar de sus diferencias, cada tarde en el Café Novelty. Por otra parte, y también a ambos lados del protagonista, se encuentran sus dos hijas, María y Felisa. La primera se muestra muy franca y exigente con la postura de su padre, al que reclama una mayor valentía a la hora de posicionarse en contra del bando sublevado. Felisa, mucho más conservadora, prefiere que Unamuno evite cualquier conflicto para que él y su familia puedan vivir sin sobresaltos, mostrándose incluso partidaria de las ideas de los militares rebeldes. En este y en el anterior caso, Miguel de Unamuno juega un papel de intersección entre un lado y el otro. Los famosos cambios de opinión —de bando— suponen un componente fundamental, pues el dinamismo, la flexibilidad y el sentido común del personaje abren en el mismo corazón de la película esa posibilidad conciliadora, la tercera vía que Amenábar propone como solución a este esbozo de la aritmética sociopolítica española.

En el mismo sentido, la estructura de esta obra cinematográfica descansa en buena medida sobre una oposición que permea distintas capas del relato y que llamaremos «acción/intelecto». El bando de la acción viene representado, en general, por la Junta de Burgos y, en particular, lo encabeza —y reivindica— el personaje de Millán-Astray, militar sublevado, mutilado de guerra y personalidad destacada entre sus filas que apoya y favorece el liderazgo de Franco, quien será definido por el protagonista como «un pobre hombre». Al otro lado, el bando del intelecto, la Junta de la Universidad de Salamanca, muy inteligentemente mostrada en cierto punto del metraje tras un plano que reúne a la mencionada Junta militar. Este segundo bando lo encabeza el perfecto contrapunto de Millán-Astray, esto es, Miguel de Unamuno. Este sencillo pero interesante diseño complementario alcanza su mayor expresión en una de las escenas finales de la película, cuando el militar y el rector intercambian unas breves

y tensas palabras antes del acto que culmina la película. La oposición se explicita en las palabras de Millán-Astray: «ustedes, los intelectuales» y «nosotros, los matones». El «matón» reprocha al «intelectual» que mientras ellos se juegan la vida y la integridad en primera línea de combate, los otros permanecen resguardados en sus casas y sus libros. Por supuesto, relaciona la condición de intelectual con la de cobarde, por lo que cierra su discurso con un directo y conciso: «Sea valiente». Como era de suponer, Unamuno apostilla: «El valor no solo se demuestra en combate». El protagonista y los personajes que lo rodean construyen en este relato alternativas al heroísmo bélico y suponen un canto a la defensa del pensamiento como verdadera acción, a la labor intelectual entendida como herramienta útil de posicionamiento e intervención ante la injusticia. Con todo, la sensación constante que percibimos es la de un fracaso digno pero, al fin, resignado. Así parece sentirse Unamuno cuando sale del Paraninfo de la mano de Carmen Polo; así se busca que se sienta el espectador ante las palabras que cierran escuetamente la película: tras tanta zozobra y valentía, el escritor moriría enfermo poco después del tenso suceso y el mando de Francisco Franco se prolongaría durante el resto de su vida, mucho más allá de la duración de la guerra. La reflexión acerca de esta última circunstancia, lanzada frente al propio título de la película, lo impregna todo de ironía dramática.

Veremos que los propios amigos del protagonista bromean con él a propósito de la asimilación de la intelectualidad a la pasividad y lo hacen a costa de sus siestas. Algo enfadado, el escritor responde que incluso dormido está más despierto que cualquier otra persona. Unamuno, que se queda dormido con libros en las manos, no solo reivindica —y alcanza— su forma particular de valentía, sino que es verdadero estandarte de una sabiduría muy concreta: una meditativa, templada, honesta. Pero el sueño también conduce al personaje al mundo de los afectos y los anhelos. De esta forma, buena parte del trasfondo sentimental de Unamuno intenta lograrse a través de sus sueños, que consisten en breves *flashbacks* que lo transportan repetidamente a un escenario bucólico en el que él es muy joven y lee sus libros bajo un sol brillante en brazos de su amada y difunta Concha. Aunque estas pequeñas ráfagas resultan escasas para llegar a crear lo que se proponen, se intuye bien el objetivo: mostrar un modelo de intelectualidad no solo alejado de la cobardía y la pasividad, sino además encarnado de valentía y humanidad. El Unamuno de esta película quiere ser más que un sabio que acaba haciendo algo valiente: es también un ser humano vulnerable, enamorado y —como le recuerda a su nieto Miguelín— siente con los demás. Armado y caricaturizado con su bastón, su *txapela* y sus puntuales gruñidos, no solo se duele por sí mismo y por su esposa, a la que echa de menos, sino también —y muy vivamente— por la pérdida de Salvador y

Atilano, desaparecidos a raíz del levantamiento militar, y desde su posición querrá hacer lo posible para ayudar.

Si la película cuenta con un símbolo concreto en la línea de lo que hasta aquí venimos analizando, es el libro y, específicamente, el papel. Durante un simulacro de bombardeo, mientras María y Felisa van hasta el refugio, Unamuno se niega a resguardarse y permanece en su biblioteca palpando y buscando libros en la penumbra, en actitud hambrienta y nerviosa. Cuando dos nacionales se llevan a la fuerza a Salvador para fusilarlo, el libro que este llevaba en las manos cae abierto al suelo y el viento mueve desordenadamente sus páginas bajo la apesadumbrada mirada del escritor. Cuando la Junta de la Universidad se reúne para redactar el informe en apoyo al golpe de Estado, Unamuno, enfurruñado en la otra punta de la sala, pasa bruscamente las páginas del periódico en señal de protesta. Aunque acaba firmándolo, primero repasa línea a línea el documento, desahogando sobre la forma su descontento con el contenido: «¡Ustedes destrozan el castellano!». No se nos escapa que la evolución ideológica que caracteriza al Unamuno de Amenábar y al del imaginario popular queda sutil y elegantemente representada a través de unas pocas figuritas de papel que el protagonista va modelando en sus ratos libres, como haciendo un guiño al uso de este recurso en *Blade Runner*. Entre distraído y reflexivo, don Miguel parece disfrutar convirtiendo cualquier cuartilla que encuentra en un animal de papel, dejando valiosas pistas al espectador: la primera figura que veremos surgir de sus manos es la de un burro, coincidiendo precisamente con su momentáneo apoyo al Golpe de Estado. Las últimas serán un pájaro cuyas alas, debidamente accionadas, se mueven y un león, figura que su nieto Miguelín llevaba reclamándole toda la película, al igual que buena parte de sus seres queridos venían exigiéndole coherencia y valentía. Amenábar debe de saber que, a principios del siglo XX, Miguel de Unamuno sacó a la luz una curiosa obrita titulada *Apuntes para un tratado de cocotología*, esto es, «la ciencia que trata de las pajaritas de papel» (1969: 38). A veces con ternura, pero siempre cargado de sátira e ironía, el escritor parodia en esas páginas cierto método y ejercicio intelectual, al tiempo que da con un terreno fértil para, a través del símil, problematizar acerca de las grandes cuestiones humanas, jugar con ellas, algo que, en efecto, es posible «mirándonos en las pajaritas como en espejo», afirmación que, a su manera, se refleja en la película. El autor de este particular tratado y el protagonista de *Mientras dure la guerra* utilizan el papel para dotar de materialidad al pensamiento y literalmente, palparlo, examinarlo, llevarlo en los bolsillos. Quizá sea esa grandeza que Amenábar quiso imprimir en este personaje: que se toma en serio lo que otros consideran ocioso, pasivo o infantil, esto es, las pajaritas de papel y, con ellas, el pensamiento y la sensibilidad. Unamuno convive con sus pajaritas hasta el momento mismo en que las

circunstancias le exigen una acción directa y una toma de partido definitiva. Mientras Millán-Astray y el resto de participantes de la celebración del «Día de la Raza» vociferan sus consignas en el Paraninfo, el rector, deliberadamente contenido, se dispone una vez más a doblar una de sus cuartillas. Pronto descubre que lo que creía un papel en blanco es la carta que la esposa de uno de sus amigos había escrito tras la desaparición de su marido, con la esperanza de que alguien influyente como Unamuno pudiera entregarla y hacer saber que su detención había sido un error. Tras varios intentos, esta empresa se revela imposible y el miedo y la culpabilidad atenazan al personaje. Porque siente con los demás —como le decía a Miguelín y a todos nosotros—, esas desgarradoras palabras escritas no podían transformarse sin más en otra pajarita de papel y es este convencimiento el que lo empuja a tomar la palabra y a romper definitivamente con la neutralidad.

No cabe duda de que *Mientras dure la guerra* está llamada a formar parte de nuestro ya amplio imaginario sobre la guerra civil española. Lo hace, además, persiguiendo el atractivo añadido que puede otorgarle una extendida lectura casi didáctica que la presenta como espejo de la sociedad española actual y sus conflictos. En este sentido, habrá que preguntarse si la propuesta de Amenábar está a la altura de la fábula sobre la valentía que ha entonado a partir de la figura del escritor e intelectual Miguel de Unamuno. Sea como sea, se trata de una película interesante, con un lenguaje simbólico sencillo pero rico, emotiva y cargada de buenas intenciones. Por ahora, su popularidad y su éxito en taquilla la han llevado a vencer. Quizá dentro de un tiempo sepamos más claramente si llega a convencer.